

# III CONGRESO INTERNACIONAL DE LA FAMILIA

## PONENCIA

### “RECUPERAR AL PADRE PARA RECONCILIARNOS CON LA VIDA”

#### JUSTIFICACIÓN:

Para algunas personas, dedicar un Congreso Internacional de la Familia a la figura paterna es excesivo. “Por supuesto –afirman- el padre es importante en el núcleo familiar- y luego, como haciendo una conseción especial, añaden –también hay que reconocer que es una realidad bastante desdibujada en la vida familiar;- pero luego rematan categóricamente. sin embargo, todo un congreso para hablar del padre es demasiado”. Quizás tengan algo de razón. Para lo que se sabe del padre, para lo que se ha escrito sobre el y para la importancia que hoy se le concede en nuestra cultura, dos días de reflexión en un congreso internacional, talvez sea un redundar sobre el tema.

Pero la realidad es otra. En el debate sobre la nueva realidad familiar y la posible existencia de una gran crisis de esta institución, la figura del padre gravita como una ficha clave para comprender lo que esta sucediendo. Esto sin contar que buena parte de la problemática social tiene en la figura paterna un factor común que reclama atención especial.

Dos eventualidades claramente relacionadas: Los niveles permanentemente crecientes de divorcio en los últimos 40 años y la asignación de la custodia de los hijos a la madre en un porcentaje que supera el 90% en la mayoría de países del mundo y una tercera sin relación aparente con las dos anteriores, pero de alguna manera sinergizada por ellas, cual es el proceso de fertilización artificial o fertilización asistida, han actuado negativamente sobre la paternidad, tornándola evanescente, de dudosa utilidad práctica y fácilmente sustituible, por lo menos, a la luz de los acontecimientos arriba citados.

Adicionalmente, la especie humana, desde que se hizo conciente de la paternidad, en los albores mismos de la civilización, hasta hoy, ha asignado al padre una tan pobre caracterización y unas tan escasas funciones en el núcleo familiar, que bien podríamos afirmar que desde las ordas salvajes que habitaban las cavernas y migraban en busca de alimento siguiendo el curso de los ríos, hasta los comienzos del siglo XXI, la percepción sobre el tema no ha cambiado gran cosa y ahora, como entonces, el padre básicamente engendra al hijo y provee medios materiales para el sustento familiar. ¿Por qué escandalizarnos entonces, si frente a un cambio real y notorio en el entorno familiar y social, representado en un acceso masivo de la mujer a los medios de producción y consumo y un dominio tecno-científico de la fertilización humana, el padre, como realidad cultural pierda su razón de ser y se convierta en una condición opcional, validada solo por algún credo religioso y un grupo minoritario de personas que aún dan cabida en sus vidas al amor romántico?

Este fenómeno, que unos perciben como catastrófico y contranatural y otros como signo de los tiempos y fruto de una ineludible evolución cultural, es, como ningún otro, muestra clarísima de lo que ocurre cuando el ser humano deja de lado el conocimiento

de sí mismo y el debate humanizante, -que en sana lógica debería ser la punta de lanza del conocimiento-, para engolosinarse con un conocimiento técnico, que, dicho sea de paso, debe continuar hacia delante, pero jamás opacando el humanismo.

La paternidad pues, es un debate aplazado, como también lo es la maternidad, solo que esta, por su mayor cercanía con lo natural e ineludible, aún conserva vigencia, por lo menos hasta que descubramos y perfeccionemos el ya intuido útero mecánico, o logremos parasitar con éxito el vientre nutricio de otros mamíferos.

No se admire por tanto nadie, si quienes trajinamos diariamente con la realidad familiar, buscamos afanosamente en la figura del padre pautas y fenómenos que vayan más allá de su capacidad fecundante o de sus habilidades para proveer medios de subsistencia a la madre y al hijo; y no precisamente para recuperar la vigencia de una figura que la cultura va tornando obsoleta, sino para ir un poco más adelante de ese conocimiento del hombre de las cavernas, que un día descubrió que eran los hombres quienes fecundaban a las mujeres y no los fenómenos naturales como el rayo, las lluvias o los cambios estacionarios. Bien podemos preguntarnos hoy, cuanto avanzaría la civilización humana a partir de un concienzudo proceso de desvelamiento de la figura paterna, si el simple conocimiento del papel fecundante del varón sobre la mujer nos sacó de la horda, casi manada, dando inicio a un proceso progresivo de socialización que llega hasta nuestros días.

#### EL DEBATE DE LA PATERNIDAD COMO PARTE DEL ENFRENTAMIENTO ENTRE NATURALEZA Y CULTURA.

No es prudente el tratar de introducir un debate sobre la paternidad humana, con la altura y seriedad que el tema amerita, sin hacer siquiera mención de un debate mayor en el que este estaría incluido. Es el gran tema del enfrentamiento entre los partidarios de una naturaleza humana que moldea, propone y limita y quienes soportan el peso fundamental de la actuación humana en una realidad cultural abierta, libre, mínimamente propositiva y más dependiente de fenómenos colectivos que de presupuestos individuales.

Esta discusión que abarcó buena parte del siglo XX y amenaza con continuar indefinidamente, sin encontrar una síntesis satisfactoria, ha ocupado a los más connotados estudiosos de la conducta humana de los últimos tiempos, siendo Edgard O. Wilson padre de la sociobiología, el personaje más polarizado entre quienes defienden la preeminencia de una naturaleza humana con soporte genéticos en la determinación de la conducta humana, frente a quienes soportan a esta en una cultura que evoluciona permanentemente y condiciona el actuar humano en proporciones diferentes, desde Skinner, fervoroso defensor del conductismo, que no deja prácticamente espacio a la libertad humana, hasta J.P. Sartre defensor acérrimo de una libertad absoluta, a partir de una subjetividad histórica o enmarcada en el tiempo.

En el medio, autores como Roger Trigg, Jacinto Choza o J. Vicente Arregui, sustentan una visión del ser humano mucho más integradora y desporalizada a partir de una afirmación que no por simple es menos cierta y misteriosa, cual es la de que en un ser inteligente como lo es la persona humana, la cultura, o más concretamente, el hacer cultura, hace parte de su misma naturaleza.

Justamente, es en esta última franja de pensamiento donde queremos ubicar la reflexión sobre la paternidad humana, dando por hecho que tan erróneo es plantear una paternidad instintiva y mediada genéticamente, como defender una paternidad de construcción totalmente cultural y desarraigada de una naturaleza que se agota en fenómenos genéticos y fisiológicos.

#### PATERNIDAD, MATERNIDAD: DOS FACETAS DE UNA MISMA REALIDAD

El movimiento de liberación femenina, con todo y poseer una amplia gama de reivindicaciones justas en todos los espacios de participación de la mujer, ha cargado sobre sí con un efecto siniestro, desafortunadamente muy notorio y corrosivo, que en no pocas ocasiones minimiza y aún anula los buenos logros, haciendo más evidente la escoria lógica y esperada en todos los procesos depurativos. Es el sexismo, una verdadera plaga de nuestra época que busca reivindicación de uno u otro sexo, presentándolo como superior al otro. En este estéril y desgastante enfrentamiento – muy abonado por cierto por el humor popular que posee la dudosa virtud de convertir en presentable y de buen recibo, lo que en otros escenarios sería unánimemente descalificado - la familia, la conyugalidad y la figura del padre han llevado la peor parte.

Existen en la naturaleza unas plantas denominadas dicotiledóneas, en las cuales la semilla está formada por dos cotiledones que dan origen y nutren por igual al pequeño germen que al crecer se convertirá en una nueva planta. Ninguno de los dos cotiledones está de más; ninguno puede ser reemplazado por el otro, ni sustituido; ambos por igual se gastan en pro del fortalecimiento del embrión primario en su camino hacia plántula y luego espécimen adulto, sin que pueda afirmarse que uno u otro cumple un papel más importante. Separar los cotiledones es tornar estéril la semilla por cuanto se ha malogrado el vigor y la fecundidad de una sinergia natural que es condición de posibilidad del proceso. En otras palabras ambos cotiledones, en orden a cumplir con su misión propia y específica, cual es la de dar origen a una nueva planta, son realidades coimplicadas, cuya eficacia y funcionalidad son resultado directo de su unión sinérgica.

Hombre y mujer, en cuanto miembros fundantes de una familia, también son realidades coimplicadas que derivan su fecundidad biológica, psíquica y espiritual del hecho mismo de permanecer unidos e identificados por igual en el proceso que inició con su libre determinación de hacer una familia.

Declarar en la unión matrimonial que las dos realidades coimplicadas, la de el varón y la mujer son indiferenciadas e intercambiables es dar patente de corso a una verdadera amenaza para la institución matrimonial, cual es el matrimonio de homosexuales.

Dar por hecho que la unión de varón y mujer, como realidades coimplicadas, pueden dar cabida a la sustitución del uno por el otro es legitimar como normal, algo que solo puede permitirse como situación coyuntural, siempre deplorable, cual es la de varón o mujer solo cabeza de familia.

Aceptar que en la unión de varón y mujer como realidades coimplicadas en orden a constituir familia, el varón tiene que renunciar a sus características básicas, so pena de ser tildado de machista, es, si se me perdona el término, “descafeinar” la virilidad y

“maternizar”<sup>1</sup> la paternidad, con todos los efectos nocivos que estas tergiversaciones atraen sobre la crianza de los hijos y sobre la misma relación de pareja. Al respecto escribió Minette Marrin en *The Sunday Telegraph* (Londres, 4-VI-95): “Hay algo grandioso en los hombres que no se quejan ni se hundan cuando llega la adversidad: Este fuerte e implícito estereotipo es masculino, no femenino. Los hombres auténticos se urgen a trabajar, y muy a menudo encuentran el mundo exterior más absorbente que el mundo doméstico. A las mujeres auténticas no les importa: muchas de ellas sienten lo mismo. Y, puesto que los hombres auténticos tienden a ser indóciles y mandones, a las mujeres auténticas no les gustan los hombres que disfrutan cambiando pañales, y tampoco los hombres a los que ellas pueden obligar a cambiar pañales”.

Adicionalmente, afirmar que varón y mujer, esposo - esposa, padre - madre, padres - hijos, son realidades que se coimplican, es reconocer que no hay padre sin madre, ni madre sin padre y solo dentro de un proceso continuo y gradual que se vive de cara al hijo se puede conseguir una adecuada caracterización de uno y otra, siendo la persona del hijo, muy al contrario de lo que se creía hasta hace muy poco, la más definida y acabada desde el comienzo, aunque goce de mayor plasticidad y capacidad adaptativa. Tal vez, se entienda mejor esta aceveración, aparentemente absurda, cuando nos hacemos cargo de que para el hijo, madurar es ser cada día menos hijo de sus padres, en cuanto gana en autonomía y autodeterminación, sin dejar de serlo nunca totalmente. Muy al contrario, mamá y papá, entre más tiempo transcurre después de la concepción del hijo, más en propiedad van asumiendo su paternidad. Y para quien todavía abrigue alguna duda al respecto, puede aportársele un argumento más: los hijos ven como lógica y natural la muerte de sus padres, tolerando bastante bien su ausencia. Los padres en cambio, perciben la muerte del hijo como un suceso antinatural, de difícil aceptación, por cuanto el hijo que muere arranca a sus padres algo que ellos asumen como una parte muy importante de sus vidas.

De allí que sea interesante y casi urgente para una cabal comprensión de lo que es la paternidad, que nos hagamos una pregunta, insólita para muchos, pero necesaria para comprender a cabalidad el fenómeno de la paternidad y no de la paternidad genérica, sino de la específica paternidad del varón; entre otras razones, porque este congreso aspira a arrojar luz sobre esa realidad cada día más vaporosa y elusiva a la que denominamos papá.

#### QUE GANA UN VARÓN A TÍTULO PERSONAL, CUANDO ACCEDE A LA PATERNIDAD?

La pregunta esta formulada desde un ángulo de la paternidad casi inédito. La atención al tema esta polarizada en la dirección inversa: lo que gana el hijo, e inclusive, lo que gana la madre cuando el padre está presente y actuando como tal; pero, aunque a muchos parezca extraño, el primer beneficiado de la paternidad, es el padre mismo y el beneficio para la madre y el hijo no están derivados del hecho escueto de poder contar con alguien a quien la naturaleza ha convertido en padre por el solo hecho de haber engendrado un hijo, sino de la mejora progresiva que se opera sobre el varón a partir del inicio mismo de la paternidad y no como algo inexorable, sino como resultado de propósito y la lucha por ser un buen padre.

---

<sup>1</sup> Sobre el tema puede consultarse una publicación del pediatra francés Aldo Naouri, titulada *LES PÈRES ET LES MÈRES* (ED. ODILE JACOB).

He aquí, en estrecha síntesis, algunos de los beneficios que para el varón reporta la paternidad bien asumida.

## 1. LA PATERNIDAD HACE PARTE DEL PROCESO DE MADURACIÓN

Edith Stein, discípula de Husserl y miembro destacado del llamado “Círculo de Gotinga, asumía dentro de su planteamiento antropológico que para el ser humano solo existen dos vocaciones, ambas muy relacionadas con el amor como destino del hombre. La primera es la vocación a la vida consagrada a Dios, a partir de la cual, la existencia se entrega amorosamente a todos, justamente por amor a Dios, fin último de este proyecto vital. La segunda es la vocación a la vida familiar y en ella la vida se orienta por entero al servicio de una específica y propia familia, por el bien de todos y teniendo también a Dios como destinatario final de ese amor. Todo lo demás, que hoy se asume como vocación, son solo trabajos, oficios o desempeños profesionales, que ocupan un espacio restringido en la vida de las personas, poseen carácter de medio, sin llegar nunca a constituir un fin dentro del proyecto vital y por más que sean una parte importante del modus vivendi, son circunstanciales, accidentales y no logran imprimir carácter en la persona.

Para quienes eligen la vida familiar como causa de su proyecto vital, la paternidad y la maternidad hacen parte de su proceso de maduración y son camino de perfección dentro del gran tema de la conyugalidad.

Si el amor al cónyuge ya reclama un salir de sí y una donación de la propia realidad a alguien que se convierte como en un espejo donde cada miembro de la pareja se mira, descubriendo su verdadera identidad, el sentido, antes intuido pero ahora descifrado, de su condición sexuada y el direccionamiento a una actuación que antes era solo reactividad y poco a poco va adquiriendo orientación y significado, la paternidad, derivada de ese amor conyugal, ya no es solo el descubrimiento del otro y de sí mismo como realidades buenas, compatibles y amables, sino además, constatación de la fecundidad del amor que suma y multiplica en la presencia del hijo, como producto ganancial que proyecta en el tiempo el amor de sus padres.

Pero además de estos, que bien podríamos denominar aspectos generales del proceso de madurez del padre, frutos del hecho cumplido de engendrar un hijo, existen infinidad de rasgos de madurez personal, derivados de la presencia misma del hijo en un convivir cercano, continuo y armonioso de la triada padre - madre - hijo.

Concretamente la ternura del padre frente al hijo, no es el fruto de desvirtuar la masculinidad con el ánimo de acceder a una cualidad que se da por hecho, ha sido típicamente femenina. Justamente la ternura del padre es una específica respuesta sensible de este, suscitada por la persona del hijo y no solamente en forma aislada y solo para su beneficio; antes bien, el hijo es la más eficaz estimulación y suscitación de la ternura del varón, que a partir de esta vivencia se hará sensible a todo lo bello, frágil y desvalido que en el mundo encuentre frente a sus ojos y que de alguna forma le evoque la realidad del hijo previamente contemplada.

De igual forma, la precariedad de la progeñie, causa de tantas eventualidades dolorosas, desde leves hasta severas, es, sin duda alguna, la mejor escuela de compasi3n que un hombre pueda tener en su vida, sobretodo en una cultura que insensibiliza al dolor ajeno, haciendo de este un producto de consumo masivo que despierta una morbosa curiosidad o inclusive un franco placer (no hay que olvidar, que fue nuestra cultura occidental y contempor3nea, la que sac3 al sadomasoquismo de la lista de las patolog3as sexuales y no la cultura de la roma imperial desgastada y decadente). Es el dolor del hijo amado, ese que ha ido colonizando en una convivencia estrecha y cotidiana las entretelas masculinas del alma de su padre, el mejor detonante de la compasi3n, como sentimiento espiritual por excelencia que permite sentir en la propia realidad, el dolor del otro, porque en este caso el otro no me es ajeno sino que hace parte y parte entrañable de mi propia realidad.

No menos importante es que el padre frente al hijo madura con exquisitez el concepto de autoridad, porque solo la realidad del hijo frágil y necesitado continuamente de promoci3n, apoyo y asistencia, muestra con lucidez al progenitor la autoridad como un servicio, el mejor servicio que puede prestar al débil, al incauto, al ignorante y al inexperto, quien posee la fuerza, la sabidur3a, la prudencia y la experiencia de la vida.

Cuanto madura tambi3n el padre en cariño, respeto y delicadeza hacia su esposa, cuando ha constatado, de cerca, y con cada hijo, lo que expresa en dulzura, bondad, entrega sin restricciones y hero3smo, la maternidad. Los hijos no podr3n ser nunca, por m3s que se lo propongan ellos o sus padres, el cemento que une la relaci3n conyugal; pero en cambio si, son el mejor catalizador y est3mulo para el crecimiento del amor en sus progenitores, sobretodo cuando su presencia en el hogar es fruto, el m3s dulce y apetecido de un amor que ya exist3a antes de su llegada.

En esta misma direcci3n, el hijo es para el padre un potenciador, el mejor, de la madurez sexual, porque el, como ning3n otro, ubica la sexualidad humana en su justa dimensi3n, cual es la de ser dentro del matrimonio una donaci3n mutua signada por el amor, que hace crecer a ambos como pareja y a cada uno como persona, siendo la presencia del hijo como fruto de esa sexualidad, una prueba indiscutible de su fraternidad, que saca la sexualidad del contexto tribal y placentero en el que la confirman quienes renuncian a la paternidad.

Masculinidad que en el terreno sexual se despliega al margen o con exclusi3n de la paternidad, es masculinidad en riesgo real de convertir a la mujer en objeto para el propio placer, sin discriminar siquiera que le trate de la esposa, la amante o la relaci3n ocasional porque, para el caso, todas est3s relaciones poseen algo en com3n: el hijo visto como un intruso que estropea la sexualidad de sus progenitores y por tanto debe ser evitado y la mujer percibida como potenciadora y amplificadora del disfrute sexual masculino. Ha de hacerse la salvedad de que lo afirmado arriba no debe ser interpretado como que cada relaci3n sexual de los esposos deba estar signada por la voluntad de tener un hijo. En cambio si, quiere expresar que la sexualidad con quien es o ser3 la

madre de mi o mis hijos esta signada por el amor, el respeto y la admiración frente a quien me puso o me pondrá en el camino de la paternidad.

## 2. LA PTERNIDAD HUMANIZA LA TESTOSTERONA

El título que acompaña este apartado puede parecer altisonante o un poco peyorativo. ¿Están acaso deshumanizados quienes no son padres? La respuesta es decididamente negativa, por otras y muy eficaces vías se puede ofrecer al torrente desbordado de dinamismo, audacia y amor a la competencia y la cesta heroica, presentes en el varón que madura sexualmente y siente en sus venas los embates de la testosterona, un cause seguro, sereno y de probada eficacia que lo ponga a cubierta de excesos, atropellos y conductas temerarias, sin demeritar su natural condición.

Es evidente que varones dedicados al servicio social o con vocación para la vida religiosa consagrada ofrecen a su masculinidad una muy válida opción para desplegarse adecuadamente, destinando su energía sexual y su condición sexuada global a labores bastante humanizantes.

En el resto de los varones, la testosterona en estado silvestre, sin cause ni finalidad que la orienten y domestiquen, no solo es una fuente de riesgos para el sujeto mismo, sino un problema real para la sociedad que lo acoge.

En nuestro medio, Alonso Salazar, prestigioso escritor y periodista, conocedor como pocos del problema casi endemico de violencia en nuestro país, llamó la atención en su libro “No Nacimos Pa’ Semilla”, sobre fenómenos de vicariato, pandillismo, sociopatía y comportamiento transgresor en general, de jóvenes de las comunas populares de Medellín, que tenían como factor común la pobreza, la marginalidad y la disfunción familiar ocasionada sobre todo por la ausencia paterna del núcleo familiar. Para estos muchachos descritos muy acertadamente por Salazar, la vida es una conquista diaria que se defiende con uñas y dientes, la sociedad una jungla saturada de depredadores y la mujer un botín de guerra que da prestigio y ofrece sotaz al luchador. Para ellos, la paternidad es un dato con poco o un ningún sentido, como no sea el de garantizar una cierta vigencia después de la muerte; muerte que asumen como el destino mismo de la vida.

La Sociedad norteamericana de los años sesenta llamó cobardes a quienes se negaban a ir a la guerra de Vietnam y constató sin la menor repugnancia como en dicha confrontación murieron más de 58.000 hombres y 8 mujeres. Los que regresaron con vida, fueron con frecuencia “rechazados” por las mujeres que quedaron en casa y por los padres heroicos a quienes fallaron, les tenían por haberse tornado brutales o inestables, inseguros, imperfectos y corruptos; fracasaron en ganar la guerra y perpetuar el mito heroico<sup>2</sup>. Esta misma cultura, 30 años después, ofrece en las escuelas públicas clases de costura y culinaria para varones y les pide que aprendan a expresar sus sentimientos como las mujeres, mientras reinician a sus características masculinas, bajo el supuesto de que estas perpetúan el machismo y la violencia.

---

<sup>2</sup> Taron R. Kipnis, los principes que no son azules, Vergara Editor, S.A. Buenos Aires, 1993, Pag. 63.

Una misma cultura, en un corto espacio de tiempo pasa de magnificar el heroísmo del varón guerrero, competitivo y conquistador, a sugerir a los jóvenes que renuncien a sus características masculinas que engendran comportamientos violentos y actitudes machistas, asumiendo usos y costumbres racionalmente femeninos, que permitan dar libre curso a sus sentimientos supuestamente reprimidos, al paso que se tornan inofensivos y de suaves modales.

El matrimonio en general, y la paternidad específicamente ofrecen a la masculinidad un cauce profundo en el que todas las características masculinas tienen su significado y su razón de ser; e inclusive, no solo no se eliminan sino que se potencian, porque en este contexto “mucho no es exceso sino mayor rendimiento”.

David Blanckenhorn, fundador y presidente del instituto For American values publico en el año 1995, un libro muy comentado hasta hoy y talvez uno de los más realistas al hacer un estado de la cuestión en lo que a la figura paterna se refiere. Su obra, titulada Fatherless America asume que a través de la historia de la paternidad se fusionan la paternidad biológica y la paternidad social en una identidad masculina coherente. Justamente, es la desvirtualización de la paternidad, en opinión de Blanckenhorn, la responsable de muchos fenómenos de violencia intra y extrafamiliar a pesar de que algunos, con criterios indiscriminados y simplistas, hacen recaer la culpa sobre la masculinidad en general.

Una investigación del departamento de justicia norteamericano puso en evidencia este acierto entre 1979 y 1987

57.000 mujeres fueron maltratadas por sus maridos  
200.000 mujeres fueron maltratadas por sus novios  
216.000 mujeres fueron maltratadas por sus exmaridos

No puede entonces afirmarse que la masculinidad es violenta, misogina y con franca tendencia y la Sociopatía. En cambio si hay evidencias que confirman que la convivencia marital y la paternidad, como realidades que en forma natural y apropiada ofrecen un cauce legítimo a la masculinidad, son el camino más directo hacia la humanización de fuerzas, pasiones y conductas instintivas en directa relación con la testosterona, que en otras circunstancias pueden ser fuente de comportamientos inconvenientes, no atribuidos a la masculinidad como tal.

## MEJOR PADRE, MEJOR PROFESIONAL

Kirsten Stendevad es una periodista Danesa que durante 10 años trabajo en Nueva York. En diciembre de 2005 publico con ayuda de su esposo un libro sobre las ventajas laborales que posee quien es papá y actua como tal. De las multiples entrevistas en las que fundamentó su obra dedujo que cualidades desarrolladas en el ejercicio de la paternidad son grandemente estimadas en el ámbito laboral, los buenos padres, dice, saben priorizar sus diferentes actividades, son personas acostumbradas a resolver conflictos y muchos de ellos de gran complejidad, tienden a ser mas pacientes que otros varones solteros sin

hijos y saben escuchar. En las relaciones interpersonales poseen un comportamiento más empático y logran comunicarse con mayor claridad y sencillez.

Todas estas cualidades son altamente valoradas hoy en el sector empresarial y del conocimiento, en directa relación con la creatividad, la flexibilidad, la inteligencia emocional y el liderazgo.

La formación profesional es un punto de partida insustituible, pero todo lo que tenga que ver con el trato interpersonal se aprende en casa, con los hijos y no en la universidad; y aunque los hijos y la esposa no son la única forma de adquirir estas habilidades, si son sus más importantes facilitadores.

Especialmente ilustrativo es el testimonio de muchos empleadores que confirman una mejora significativa de sus trabajadores cuando acceden a la paternidad.

## LOS PADRES TIENEN MEJOR SALUD

El estudio de Marital Status and Health: Estados Unidos 1999 – 2002 solo confirma lo que ya era *vox populi* de tiempo atrás. Las personas casadas gozan de mejor salud que las solteras, viudas, divorciadas o simples cohabitantes. Esta afirmación se confirmó en todos los grupos de edades, desde los 18 hasta los 65 años y más, siendo muy llamativo el caso de quienes cohabitan, por su aparente similitud con los casados, ya que en este grupo las enfermedades psicológicas, el alcoholismo, la depresión y los trastornos inespecíficos (cefaleas, lumbagos, etc.) son significativamente más altos que en casados, viudos y divorciados. Más llamativo aun es el dato según el cual lo determinante en salud es el estado civil, por encima del nivel de estudios, la raza o los ingresos salariales.

Igualmente digno de tenerse en cuenta es que hombres casados con hijos son menos proclives a asumir conductas de riesgo o hábitos nocivos para la salud como el licor, las drogas, el tabaquismo y los excesos alimentarios.

El saberse responsable de una familia y observado muy de cerca por hijos que admiran, respetan y están dispuestos a imitarlo, hacen al padre de familia más prudente en su actuación, más templado en sus costumbres y siempre o casi siempre bien dispuesto a dar ejemplo a la prole: factores todos muy importantes a la hora de proteger la salud.

No es casual que sean los solteros jóvenes, los varones más afectados por los accidentes graves de todo tipo; muy en relación con su afición a los deportes extremos, las conductas de riesgo y los enfrentamientos violentos en dependencias callejeras.

El matrimonio y la paternidad marcan un quiebre significativo en estas tendencias, ligado a la mayor madurez que estos nuevos roles promueven y a la mayor conciencia respecto a la necesidad de cuidarse y reservarse para unos seres queridos a los cuales se debe por entero.

Pero no es solo por el alejamiento del riesgo la causa de una mejor salud en los padres, el asumir gozosamente la paternidad, con pleno disfrute de lo que ella conlleva, es también un excelente antídoto contra el estrés, la depresión y el activismo como perversión de la laboriosidad, que juntos o separadamente, hacen estragos en la salud del hombre de hoy.

En fin, ser papá es una realidad feliz cuando se vive en toda su plenitud, que eleva la dignidad personal, mejora sustancialmente la calidad de vida y rinde inocultables beneficios en una sociedad que deriva su prosperidad del hecho simple pero magnífico de albergar en su seno a personas que son fieles a las responsabilidades libremente asumidas por ellos, siendo la paternidad y la maternidad las dos realidades humanas que más conciencia, responsabilidad y fidelidad reclaman y por lo tanto, las que mayores alegrías y más rentabilidad ofrecen a la persona, la familia y la sociedad.